



Ante el centenario de la muerte de Rosario de Acuña



Macrino
Fernández Riera

En el punto de mira de las autoridades

Sospechosa de instigar la huelga general de 1917, la Policía registra su casa de El Cervigón en dos ocasiones

«Las mujeres que queremos 'ser personas'—solo eso—tenemos que pasar, como cochinitas de circo, por bachilleras, petulantitas, histéricas, etcétera. Las que se precian de no haber pasado por este aro es que tuvieron que pasar por otros peores [...] Con sesenta y siete años a cuestas; sin otro poder, autoridad o representación de fortuna, posición, ni prestigio que mi desvalidez de mujer, de vieja y de pobre... ¿a quién podría ocurrírsele en serio que yo era una horrible revolucionaria?... ¿Escribí revolucionariamente?...».

A pesar de la neutralidad española en la devastadora guerra que asolaba a Europa, la vida se fue haciendo más dura para buena parte de la población como consecuencia de aquel conflicto que años después se denominó Primera Guerra Mundial. El aumento de la actividad económica, provocada por una mayor demanda de los países en guerra, derivó en un descontrolado proceso inflacionario. La carestía de las subsistencias azuzó el descontento social, y en el seno de los sindicatos se fueron abriendo paso las propuestas más contundentes. Con el objetivo de forzar al Gobierno a intervenir en el control de los precios, la Confederación Nacional del Trabajo y la Unión General de Trabajadores acordaron convocar una huelga general de veinticuatro horas. Fue la primera de este tipo en España y tuvo lugar el 18 de diciembre de 1916 con altas tasas de seguimiento (en algunas ciudades solo abrieron las farmacias y los estancos). Animados por el éxito, los sindicatos empezaban a pensar en la posibilidad de convocar una huelga general indefinida si las autoridades gubernamentales no se avienen a sus peticiones.

Como si la unidad mostrada por la clase trabajadora hubiera provocado reacciones balsámicas en su ya cansado organismo, Rosario de Acuña parece encarnar el nuevo año con renacida esperanza, dispuesta a continuar interviniendo en la tribuna pública, dando por terminado el voluntario silencio que siguió tras el regreso del exilio portugués. El año empieza, en efecto, con una mayor presencia en la prensa de lo que había sido habitual en los últimos tiempos, pues a sus propios escritos hay que añadir aquellos otros que se ocupan de su persona, bien para alabar su trayectoria vital («Diosa Sacerdotisa del progreso librepensador, anciana venerable, esclarecida escritora, espejo de la universal mujer que piense y estudie...»), para sumarse a la propuesta de convertirla en miembro de la Academia Española, que realiza



Portada del «Heraldo de Madrid» del 13 de agosto de 1917.

Castrovido en El País, o en ejemplo vivo de la heterodoxia («es muy conocida en todos los centros intelectuales donde haya un poco de arte y un mucho de revolución»).

En cuanto a sus artículos, tal parece que están cargados de una renacida radicalidad, lo cual debió de inquietar a más de uno en un momento en el que militares, fuerzas de la oposición y sindicatos están poniendo en evidencia la descomposición del sistema político de la Restauración. No duda en reafirmar su antiguo republicanismo, en arremeter contra «las fuerzas reaccionarias», en las que «renace el espíritu inquisitorial, cruel, sanginario, de tiempos pasados», o en tomar partido por los países aliados que están enfrentándose en las trincheras europeas a quienes defienden «la regresión hacia ideales gastados, desmenudados, inútiles ya para el camino de progresión». Se posiciona, de forma clara y rotunda, frente a las fuerzas que sustentan al Gobierno o, quizás mejor, al lado de quienes pretenden derribarlo.

Probablemente sea el titulado «La hora suprema» el que más recelos pudo haber despertado. Dirigiéndose «particularmente a las izquierdas de Asturias», las exhorta a «ponerse en pie y, con mesura y firmeza, avanzar sin vacilaciones [...] e ir serenamente a la brecha, con la bandera en alto». Aquellas palabras no pudieron pasar inadvertidas a los delegados gubernamentales, pues bien parecen que están alentando esa huelga general de la cual no hace más que hablarse des-

de que a finales de marzo se firmara en Madrid un acuerdo entre la UGT y la CNT. Tampoco desconocerían su asistencia al gran mitin aliadófilo que se celebró en Madrid el último domingo de mayo organizado por las fuerzas de la oposición, y del cual la escritora dio cumplida cuenta en un escrito publicado en el semanario madrileño «El Motín».

Exhortó a las izquierdas a «ponerse en pie y, con mesura y firmeza, avanzar sin vacilaciones»

«Yo no necesito leer proclamas, si acaso las escribiría», dice la escritora a los agentes

Esa llamada a la unión de las fuerzas «de izquierda» en aquella primavera de 1917 es lo que, probablemente, inquietó a los regidores provinciales, recelosos ante todo lo relacionado con la convocatoria de la huelga. Los informadores de Gobernación conocen que no solo de-

fiende esa unidad en sus escritos de manera reiterada, sino que la refrenda con su presencia en actos conjuntos de «las izquierdas». En los inicios del verano el ambiente está muy caldeado, y las autoridades están tan nerviosas que en la madrugada del 24 de julio las fuerzas del orden se presentan en El Cervigón con la orden de efectuar un registro minucioso en su vivienda. Buscaban panfletos, pasquines... las «proclamas de Marcelino Domingo», el mismo diputado socialista que, tan solo unos días antes había propuesto públicamente que nuevos hombres, desligados de los partidos en turno, asumieran la dirección del Estado y dieran paso a un proceso constituyente. No encontraron nada, tan solo la contundente respuesta de la dueña de la casa: «Yo no necesito leer proclamas, si acaso las escribiría».

Unos días antes del registro, los ferroviarios de Valencia habían iniciado una huelga que precipitará los acontecimientos; el Gobierno declara el estado de guerra, la Federación Nacional de Ferroviarios anuncia que si no se readmite a los despedidos extenderá el paro por todo el país, la empresa no cede...

El conflicto sorprende a los dirigentes ugetistas y trastoca el plan acordado con la CNT. A pesar de considerarla prematura, la UGT no puede dejar abandonados a los ferroviarios y convoca una huelga general indefinida a partir del lunes 13 de agosto. Aunque las circunstancias no eran las más convenientes, pues quedaban muchos aspectos por debatir y muchos temas por concretar, la huelga será general y revolucionaria, como así hizo saber el comité de huelga en el manifiesto publicado el día anterior: no cesaría «hasta no haber obtenido las garantías suficientes de iniciación del cambio de régimen».

Pese a lo precipitado de la convocatoria, la huelga fue un hecho: pararon los principales centros industriales y mineros del país, así como las grandes ciudades. El Gobierno (que al decir de algunos habría precipitado los acontecimientos para no dar tiempo a los sindicatos a organizarse convenientemente) detuvo a los integrantes del comité de huelga y reprimió duramente a los huelguistas, dando por restablecido el orden cinco días después, aunque se mantuvo activa en Asturias algunas jornadas más. Dispuestos a acabar con aquel último reducto, las autoridades no quisieron dejar ningún cabo suelto. En la madrugada del 22 de agosto varios guardias civiles se presentan de nuevo en la casa de doña Rosario de Acuña, uno de ellos, de paisano, armado de pala y azadón: venían a cavar en busca de «bombas, armas, municiones y papeles» que supuestamente allí se habían enterrado.

Aunque aquellos intempestivos registros no hacían más que confirmar que su nombre volvía a estar en el punto de mira de los celosos guardianes de la ortodoxia, aunque lo más sensato y razonable hubiera sido, por tanto, alejarse de la primera línea de confrontación, ella no podía hacerlo sin antes saldar una deuda de solidaridad con los miembros del comité de huelga que habían sido detenidos, sometidos a un consejo de guerra bajo la acusación de sedición y condenados a cadena perpetua. El domingo 25 de noviembre acude a la manifestación convocada por socialistas, republicanos y reformistas para exigir la amnistía para Anguiano, Besteiro, Saborit y Largo Caballero. En la cárcel también estaba encerrada la esperanza que había depositado en la clase trabajadora: ansiaba que los más concienciados pudieran guiar al resto por la senda del progreso.

Lejos han quedado los tiempos en que confiaba la regeneración patria a aquellas mujeres ilustradas que, abandonando la enfermiza vida urbana e instaladas en sus nuevas residencias campestres, alumbaban una nueva sociedad ilustrada y racionalista. Las dificultades económicas por las que atraviesa en los últimos años de su vida van a situarla junto a los más necesitados, con quienes compartirá estrecheces y penalidades, anhelos e ilusiones. Ahora más que nunca se siente cerca de los desheredados, de los que sufren y padecen, de los que se retuercen ante las injusticias de la sociedad: «¡Si no es por vosotros, proletarios, esto se acaba, se acaba!». Después de la huelga, también está más próxima a aquellos que encabezaron la lucha.

La madrileña Agrupación Feminista Socialista, tras enterarse por la prensa de los registros, hace pública su enérgica protesta contra semejante tropelía, al tiempo que manifiesta su admiración por la librepensadora y su deseo de contar con ella «para encauzar con su talento al elemento femenino por vías más amplias a su emancipación». Tiempo después, los socialistas requieren su testimonio para hacerlo público en el órgano del partido obrero y doña Rosario no puede menos de manifestar en las páginas de El Socialista cierta desazón por los magros logros cosechados por aquella huelga que pretendió ser revolucionaria. Tras varios días de horrores y de martirios, de correr sangre por ciudades y campos, la llamada Semana Roja dio paso a una revolución blanca, una serie de leyes «liberales, progresivas, emancipadoras». No cabe otra cosa que seguir mirando al futuro con la esperanza puesta en las mujeres proletarias: «De las mujeres del pueblo, que son las que aguantan las bestialidades de toda clase de machos, ha de surgir el núcleo de los rebeldes, e ínterin ellas primero y todas después no se rebelen en todos los órdenes de la vida moral y social de España, seguirán haciéndose revoluciones blancas».